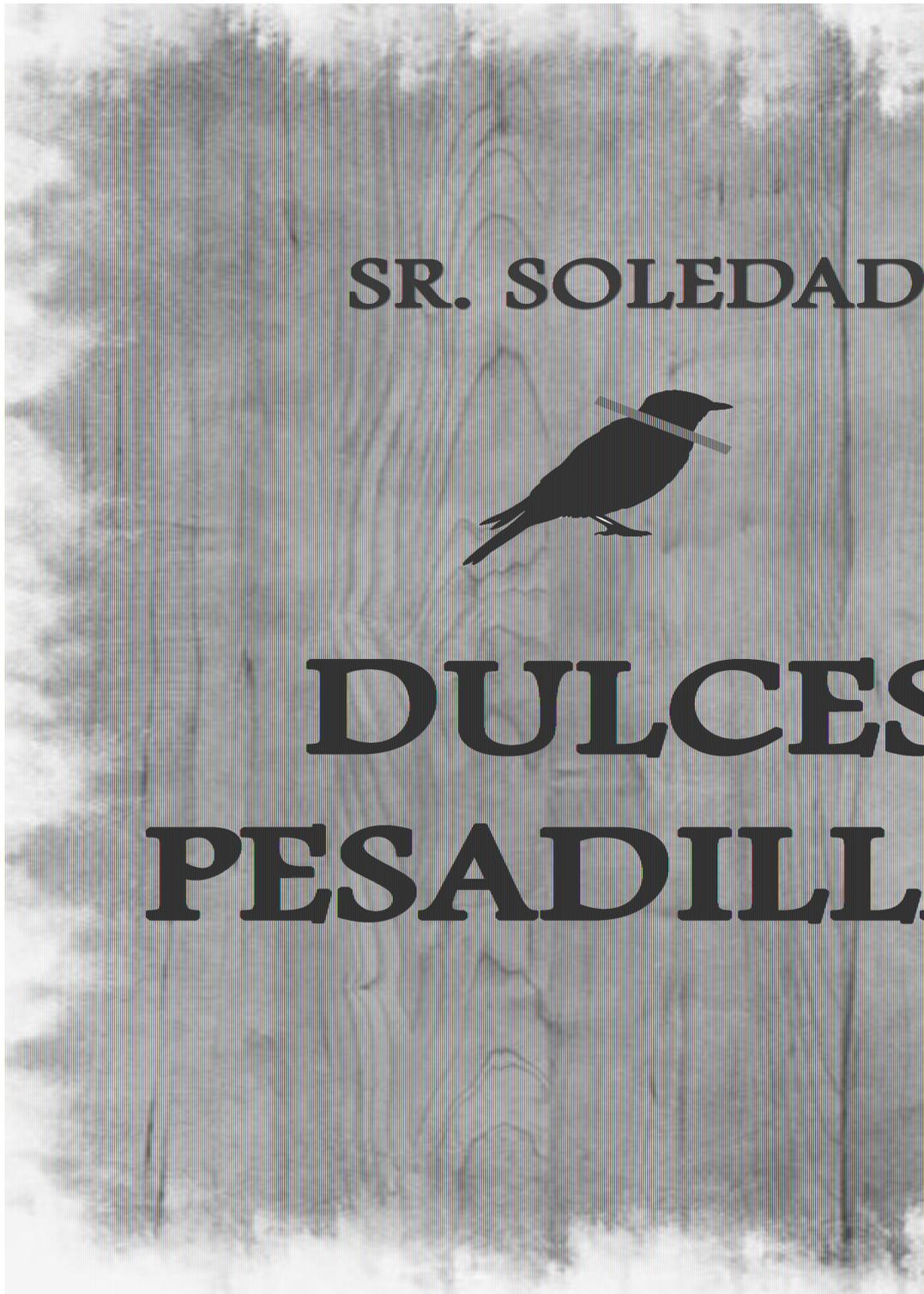


SR. SOLEDAD - DULCES PESADILLAS

Señor Soledad



Capítulo 1

ADVERTENCIA:

Algunos relatos incluidos en esta colección pueden resultar ofensivos para ciertos criterios.

ÍNDICE:

El Soñador, 8

Eso Amarillo, 22

Gotas de miel sobre terciopelo negro, 42

Manzanas en otoño, 56

¿A quién busca el caballero de la guadaña?, 68

Clase nocturna o Los niños grandes no beben sangre de cerdo, 72

La portada del libro, 138

Arráncale los dedos a Dios, 143

El misterioso descenso del Señor Manos, 148

Liturgia para una beata, 176

Un recuerdo de la sirena negra, 186

El espectáculo debe... comenzar, 205

Malayerba, 294

No menosprecies a los mentirosos: son grandes contadores de historias.
En todo caso, lo que hayas creído dice mucho más de ti que de mí.”

Bernardo Esquinca – *A donde voy siempre es de noche*

EL SOÑADOR

Estimado Dr. Krauz:

No sé porque le escribo esta carta. Culpa, remordimiento, ¿temor? La verdadera razón, para ser sincero, la desconozco. No sé si sea con el fin de ponerlo al tanto de los sucesos acontecidos desde la última vez que nos vimos en su consultorio o, simplemente: prevenirle.

Me he motivado a escribirle, ya que después de tanto tiempo, por casualidad o por azar le he visto, Doc, de noche, cuando todos los gatos son pardos. Pero por razones que pronto entenderá, me he resistido a la tentación de arribarlo. Sé que de hacerlo usted no me reconocería, o lo que es más probable, por repulsión o espanto, fingiría no reconocerme.

No entraré en detalles sobre mi aspecto, ya que no deseo ser encontrado. Y sin necesidad de mencionar mi nombre, usted me recordará por los hechos y datos que he de narrarle a continuación: Soy un hombre casado, padre de dos maravillosas hijas de apenas ocho y diez años. Soy profesor de matemáticas; y hasta hace pocas semanas daba clases en un colegio privado del Opus Dei, institución religiosa a la que mi familia ha pertenecido toda la vida. Como hombre de ciencia, lo mío son los números, la geometría, la física y la química, entre otras ciencias aplicadas dominadas por las llamadas "mentes de la razón". Siguiendo algunos neuromitos con relación al hemisferio izquierdo del cerebro y sus características motrices y cognoscitivas, soy –en efecto– un hombre materialista, de pensamiento lógico, analítico y racional; sin embargo, usted ya había deducido todo eso después de varias sesiones en el diván de su consultorio: Yo, como «un hombre común y corriente del siglo XXI con sus respectivos traumas, obsesiones y deseos reprimidos». "Nada del otro mundo". Y más importante aún: que no representaba peligro alguno para la sociedad. Al menos esa fue su conclusión en aquel momento.

Desde pequeño, como cualquier otro niño, "soñaba". Soñaba con otros mundos en los que yo, más que protagonista, era un simple espectador. No obstante, cómo disfrutaba. Era como viajar a un mundo de sueños en el que los demás niños y niñas volaban con capas de Superman, o lucían glamurosos vestidos de princesa hechos a la medida; se transformaban en moditos animales antropomorfos como changos y leones (sin perder por completo su fisionomía humana); devoraban dulces monumentales, libraban batallas épicas contra monstruos hechos de algodón de azúcar, y se sumergían en inmensos ríos de chocolate derretido; todo siempre en un derroche de imaginación en el que cada espacio y situación mutaba constantemente. Los niños, desconectados por un momento de sus alucinaciones, de repente advertían mi presencia. Intranquilos, tal vez turbados, me veían como a un extraño, queriendo reconocerme; y acto seguido, como si hubiese sido borrado de sus mentes,

ellos retornaban a sus juegos y a sus fantasías pueriles. Pocas veces era yo el protagonista de mis propios sueños, que, como los de cualquier niño, no estaban exentos de perturbaciones. Usted sabe: pesadillas inocentes de la infancia como quedarse solo en casa en una noche de penumbra, o en compañía de esos monstruosos personajes que salían en las películas que papá y mamá nos tenían prohibido ver a mí y a mis hermanos. Pero mi naturaleza aventurera me permitía huir de ellos cual si cambiara de página, refugiándome en alguna nueva fantasía alejada de todo mal sueño. ¿Cómo huía de las pesadillas? No lo sé. Simplemente recuerdo que no quería estar ahí, y viajaba. Creo que se trata de una habilidad –o un don– que sólo perdura durante la niñez y después se disipa, como la inocencia infantil o las branquias en los recién nacidos.

¿Sabe Doc?, en una ocasión, al relatarle aquellos sueños a mi abuela –que en paz descansa–, mi abuela, pero devota y crédula (como toda señora a su edad), dedujo sin el menor miramiento que yo era un “viajero”. Un viajero, sí. Aunque hizo un vago esfuerzo por explicarme lo que significaba aquella cualidad de “viajero”, poco recuerdo de sus sabias palabras. Mi nona, como le decíamos de cariño, consumida por la demencia senil –según mis padres–, pasaba todas las tardes en la sala sentada en su mecedora, esperando la llegada de mi abuelo, quien había muerto incluso varios años antes de que yo naciera.

Con el paso del tiempo, en mi adolescencia, comencé a tener otro tipo de sueños, sueños con mi madre... Usted sabrá a qué me refiero. En ese entonces me invadía una gran vergüenza, al grado de que me sentía incapaz de poder ver a mi madre a los ojos sin sonrojarme y huir cuanto antes de ella, temeroso de ser confrontado por nuestro último encuentro durante la noche. Pero para mi tranquilidad, después de tantos años de culpa, usted me explicó sobre la habitual condición de tener sueños incestuosos, y de cómo gran parte de la población los tiene, «sin embargo, la culpa y la vergüenza nos obliga a suprimirlos. Pero en el caso del incesto, como de cualquier otro acto erótico-carnal durante los sueños, éstos se apuntan como una forma de limar asperezas y conciliar de forma ilusoria con aquellas personas que solemos tener conflictos o fricciones constantes». (Lo recuerdo perfectamente, ¿ve?) Dada su explicación, con sorna, mi mente dio vuelo a la imaginación y llegué a preguntarme si alguna vez Edgar Hoover habría tenido sueños eróticos con Chaplin, o Robespierre con Fouché, o el Cardenal de Richelieu con María de Medici. Sí, Doc, en mis circunstancias, permitirme un momento de humor es una satisfacción inmensa e invaluable, sólo comparable a un orgasmo, breve pero grato. Este punto de mi narración ya podrá imaginarse quién soy y por qué razones lo busqué. No obstante, me gustaría retomar ciertos antecedentes (no menos importantes) para refrescar mi memoria: Entrada mi edad adulta –tal vez por el ritmo de vida, como muchas otras personas que radican en las grandes urbes– dejé de soñar. Sí, lo sé. Recuerdo con exactitud –como me lo explicó en nuestra primera sesión– que la gente «nunca deja de soñar, simplemente

los sueños son olvidados porrazones del entorno y la edad, las cuales ejercen una disminución considerable en los neurotransmisores que rigen las funciones del aprendizaje y la memoria en sucesos recientes». (Les sorprenderá cómo recuerdo sus palabras al dedillo). Pero, regresando a lo nuestro, de algo estaba seguro: aquellos sueños que no podía recordar se habían ido convirtiendo paulatinamente en malos sueños. ¿Cómo lo sabía? Simple: por los repentinos despabilamientos de Catalina, mi mujer, quien me despertaba a mitad de la noche después de escucharme hablar extrañas murmuraciones con movimientos inquietos y espasmódicos; situación que comenzó a repetirse con mayor frecuencia en las noches subsecuentes, aunada a las sudoraciones nocturnas que en un principio le hicieron creer a mi mujer se trataba de fiebre. Así, cada noche, ella me despertaba hasta cinco o seis veces en las mismas circunstancias para encontrarme avisado y bañado en sudor contra el almohadón empapado, con las articulaciones rígidas, un intenso dolor en la mandíbula y una inescrutable sensación de haberla pasado realmente mal en condiciones que, por otro lado, no podía recordar.

Las pesadillas se habían convertido en breves y apremiantes estados de angustia. Una angustia invisible pero latente. A veces me despertaba yo solo, impulsado por una aguda opresión en el pecho, imaginando por un instante al ícubo de Fuselli montado a cuclillas sobre mi esternón. Optaba entonces por resistir con los ojos cerrados, permitiéndole a la criatura segundos de ventaja para poder descender y esconderse en algún rincón de la alcoba.

Crédulos a la presunción de que el tiempo todo lo cura, aquellas pesadillas comenzaron a repetirse cada vez con mayor frecuencia, al grado de que mi mujer, desesperada, tenía que arrancarme del sueño entre sacudidas, bofetadas y tremendos gritos que la habían dejado emocionalmente abatida con los nervios a flor de piel. Doy gracias a Dios de que el sueño de los niños sea más profundo que el mar, ya que mis hijas no hubieron de presenciar aquellos violentos episodios que con plena seguridad habrían perturbado el sueño de cualquier niño durante varias semanas, meses, o incluso por años. En consecuencia, mi mujer comenzó a padecer de insomnio, viéndose obligada a permanecer en vigilia al cuidado del sueño de su marido y sus incomprensibles versos. Responsable por todas esas noches de zozobra y angustia que comenzaban a repercutir también en la salud de mi señora, tomé la decisión de sentarme a platicar seriamente con ella. Ayudados por varias tazas de café y otros estimulantes, pasamos el resto de la noche haciendo vagas conjeturas y barajando soluciones. Al final, como era de esperarse, llegamos a la conclusión de la urgente necesidad de buscar ayuda médica. Catalina había leído en una revista médica un artículo sobre trastornos del sueño, donde se mencionaba que las pesadillas recurrentes eran uno de los primeros síntomas presentados en casos de tumores cerebrales; pero lo mismo era para enfermedades cardíacas, apnea, cuadros psicóticos e

incluso para un simple malestar estomacal nocturno. Después de varias pruebas y exámenes patológicos que me certificaban como un hombre especialmente sano –lejos de signos como el adelgazamiento, las ojeras y una incipiente desnutrición que habían derivado de mi fragmentado descanso– el médico concluyó que no había nada grave en mi estado de salud física, y que aquel desorden crónico sólo podría ser tratado –en el mejor de los casos– con terapia psicológica y un tratamiento de reestructuración cognitiva; ya que, a opinión suya y de otros especialistas a la fecha, los procedimientos farmacológicos habían tenido poco éxito en el tratamiento de las pesadillas.

Usted sabe que en nuestra cultura –a diferencia de la norteamericana– el papel de la psicología continúa siendo relegado a enfermos mentales y niños conflictivos. En otras circunstancias mi mujer y yo –aún conducidos por nuestros prejuicios– habríamos descartado tales métodos, prefiriendo un camino más fácil y rápido como la medicación psiquiátrica. Pero no eran “otras circunstancias”.

Acudí a usted, Doc, por azares del destino.

En nuestra primera reunión a solas le conté todo lo que acabo de resumir. Posteriormente, a lo largo de las siguientes sesiones, donde pudo “construir” con mayor claridad mi perfil psicológico, usted apuntó –con cierta lógica– que la única forma de comenzar a tratar mis pesadillas era, antes que nada: “conociéndolas”. Para eso usted me hizo algunas recomendaciones de alimentación y descanso, esto con el fin de controlar los niveles de melatonina y aumentar las cantidades de serotonina en mi cuerpo, lo que permitiría conservar frescos mis recuerdos ulteriores al sueño. Así pues, solicité mis vacaciones por adelantado, y, siguiendo sus instrucciones, comencé un riguroso hábito diario que comprendía consumo de carbohidratos, vitaminas, ejercicio y varios minutos de exposición al sol para regular el ritmo circadiano. A todo eso, había una condición “muy importante”. –Y recuerdo cómo hizo hincapié en esto dirigiendo su atención a mi mujer–: «el ciclo del sueño no debía ser interrumpido bajo ninguna circunstancia». y ambos sabemos que la dieta rigurosa y el descanso no tuvieron mayor efecto en mi trastorno ni en mi capacidad para recordar las pesadillas. Por otro lado, me sentía un tanto aliviado al haberme librado de esa pesadez que cargaba de tiempo atrás, ahora que mi mujer ya no sentía la obligación de interrumpir mis delirios a mitad de la noche. Así, con el paso de los días, ella había logrado acostumbrarse a la monotonía de mis mecimientos y murmuraciones, recuperando su tan anhelado descanso.

Y aunque las pesadillas no se volvieron a presentar de forma habitual, yo sabía que seguían ahí.

En nuestra última entrevista, hace un par de meses, ante la falta de resultados, usted me habló de un colega suyo, hipnotista de profesión: el

Doctor Gregori Almazán, quien –y vaya que lo dijo con talcertidumbre– podría hacerme recordar la “trama”. ¡Sí, ja ja! ¡La trama de mis pesadillas! Suenadivertido, ¿no cree? “La trama”, como si habláramos de una película.

Llegado a este punto, aún me pregunto: ¿cómo fue que una cosa llevó a la otra? De no haberbuscado ayuda psicológica, de no haberlo buscado a usted, de no haber conocido al DoctorAlmazán... No se ofenda, por favor, Doc. Lo único que puedo decirle es que ojalá y sólo hubiera sidoun tumor cerebral.

Mi primera entrevista con el Doctor Almazán fue al volver de vacaciones. A solicitud de usted, él sólo se limitaría a entrar en mi mente para remover vías y recuerdos. El Doctor Almazán, experto enlograr que fumadores dejaran de fumar y que obesos dejaran de comer, ¿podría hacerme recordar?Confiaba en que si con su metrónomo de luz trataba con éxito aquellas vacuidades tormentosas, yono sería la excepción.

Al final de nuestra sesión, me anunció, ufano y con cierto hálito engreído, que esa noche dormiríaprofundamente; pero –y era importante hacer hincapié en ese “pero” para la tranquilidad de mifamilia–, debíamos saber que a partir de entonces yo comenzaría a experimentar una especie deparasomnia implantada en mi psique con el fin de extraer mis pesadillas «sin necesidad deexponerme a ellas, aún». ‘De acuerdo’, asentí sin comprender muy bien sus palabras. Y me entregóun diario enfundado en cuero con cintillo, cerrojo, y claro: una pequeña llave. Confundido lo abrídelante del doctor. Aunque por fuera parecía un manuscrito antiguo, por dentro era un legajocualquiera. Las páginas estaban en blanco. Mi tarea, pues, sería llenar esas páginas con imágenes,palabras, sueños y pesadillas. Para tal efecto todas las noches debía dejar el diario y algo con quéescribir cerca de mi cama. Pero, y éste otro “pero” era una advertencia: Bajo cualquier circunstanciatenía prohibido abrir el diario durante el día para releer lo que había escrito en sus páginas, ya que talOinformación estaba reservada exclusivamente para el Doctor Almazán. No lo cuestioné, dejando mi“razón”, y con ello: la esperanza de recuperar mi antigua vida, en sus manos.

Al final de la sesión me despedí del doctor, optimista, como un niño que promete tomarse todassus medicinas. Y agendé mi próxima cita para la semana entrante.

Tal como el Doctor Almazán había predicho que pasaría, pasó. Esa noche dormí ‘profundamente’,tanto que a la mañana siguiente me sentía tan descansado como un oso en primavera. Y no sólo eso,el bruxismo nocturno también había desaparecido junto con el dolor de mandíbula. El júbilo nosregodeó tanto a mí como a mi mujer que durante el resto del día olvidé por completo revisar el diarioque descansaba sobre el buró de mi cama. No recordaba nada. Era como si hubiera vuelto a olvidarlos sueños

y las pesadillas. Me sentía satisfecho, casi bendecido; y la verdad no quería saber nada más al respecto –al menos por unas cuantas horas–; disfrutar la experiencia de estar y sentirme «bien». Qué simple suena «estar bien», ¿no, Doc? Por poco y me echo a llorar, pero no lo hice. Y le di las gracias al Señor. La segunda noche, antes de apagar la luz, me detuve un instante a contemplar el diario que yacía en el mismo lugar de siempre, y a un costado: la llave. Sí, me había resistido a tocarlo. Entonces lo tomé entre mis manos, tentado a abrirlo. Me preguntaba si debía tratar de describir algo en él, lo que fuera. E imaginé que tal vez incluso la “nada” podía guardar algún significado. Me eché a reír. Y cansado de discurrir en especulaciones torpes, resolví dejar que el tiempo y mi memoria dieran el paso decisivo. De ese modo continuaron pasando las noches.

En apariencia nuestras vidas habían vuelto a la normalidad, al grado de que en pocos días aquel oscuro periodo familiar había quedado en el pasado.

Al volver a clases otras preocupaciones y pendientes académicos ocuparon mi mente dejando atrás el padecimiento de mis trastornos nocturnos. Por lo tanto había dado aquella fase por terminada. Y como todo niño que se siente aliviado de un funesto malestar y deja de tomar sus medicinas, comencé a aplazar la fecha de mi segunda cita con el Doctor Almazán, quien –como yo ignoraba hasta ese entonces– ya había fallecido, precisamente la misma noche de nuestra última sesión de hipnotismo.

Según su secretaria, el Doctor Gregori Almazán había muerto mientras dormía –en apariencia debido a un infarto a mitad del sueño–. Usted estará mejor informado al respecto, Doc, ya que era amigo suyo. Yo no me enteraría hasta varias semanas después, en aquellas fechas que volvería a necesitar de su ayuda.

Una noche, después de que las niñas se habían ido a dormir, Catalina quiso hablar seriamente conmigo. Tenía algo que decirme, dijo, «algo que confesar». Aún dudaba. Lo podía ver evidenciado en sus ojos afligidos y ese par de manos ansiosas. Y me relató, cómo hacía tiempo, una noche, me había visto levantarme en plena madrugada, tomar el diario del buró y comenzar a escribir con la luz apagada. Ella, al encenderla, había podido comprobar mi estado letárgico en pleno sueño MOR, como ustedes suelen llamar a ese movimiento impaciente de ojos detrás de los párpados. Me dijo que escribía con un sosiego desconocido. Y para mi acerba vergüenza, dio a entender que bajo mis palabras podía entreverse una prominente erección. Claro, no era algo que me avergonzara delante de mi mujer, sino que el factor de «tanto tiempo sin...» nos recordaba que aún teníamos ciertos pendientes por resolver... Pero aquel insignificante pormenor en poco o nada tenía que ver con lo que estaba a punto de revelarme.

Las advertencias del Doctor Almazán respecto las parasomnias posteriores a la hipnosis, se habían cumplido. Tal vez eso evitó que mi mujer se

sintiera sobrecogida ante tal "incidente". Al comprender por fin la importancia del diario y "algo con qué escribir" a un lado de la cama, todo cobró sentido, dejando en claro para mi mujer que aquel noctambulismo no era una casualidad propiamente dicha, sino más bien una "causalidad" originada e inducida por el mismo Doctor Almazán. Ahora comprendía tal propósito de «registrar los sueños sin exponer al paciente a ellos». Catalina sonrió apenada. Pensé que reiría, pero no lo hizo. Poco a poco el resto de aquella confesión continuó desenredándose como una serpiente que brotaba de su boca, escupiendo detalles, detalles que ella esperaba no revelar, y dejando en claro que no habían sido unas cuantas veces mis episodios de sonambulismo. «Habían sido todas las noches». Y viendo que la vida y mi descanso habían vuelto a la normalidad, prefirió guardar silencio por algún tiempo mientras observaba el diario sobre el buró con 'obsesiva curiosidad'.

Catalina, como una niña que sabe que ha hecho algo malo, interrumpió su confesión unos segundos, escondiendo la mirada de la de su marido. No hace falta ser muy perspicaz, Doc, para que usted y yo sepamos lo que Catalina hacía durante las mañanas cuando yo me iba a trabajar y las niñas estaban en la escuela. Sí. Durante días mi mujer había dedicado horas y horas a leer las pesadillas transcritas en ese diario, primero con ávida intriga y después con una alarmante espina que le hacía poner en tela de juicio la verdadera identidad –o tal vez "naturaleza"– del hombre con quien compartía el lecho. Fue entonces que, haciendo a un lado mi descontento por su cuestionable actuar, me lancé intempestivamente a preguntarle lo primero que necesitaba, que quería saber: «¿Qué era lo que había estado soñando?, ¿por qué tanto misterio?, ¿por qué de repente ese incipiente temor a mí?».

«Eran sueños», dijo. «"Sueños que se convertían en pesadillas o pesadillas convertidas en sueños"». Conservo con particular claridad esas palabras. Antes de que ella quemara el diario días después ante mi insistencia por querer saber lo que había soñado, Catalina recordó que el Doctor Almazán nos había advertido que no leyera lo transcrito bajo ninguna circunstancia. Mas, por otrolado, no había dicho nada sobre que me fuese resumida y descodificada tal información por un tercero.

Lo que Catalina me relató, más que una pesadilla en sí, era una imagen. Como una fotografía que pudieses contemplar a detalle cruzando los linderos de espacio, tiempo y perspectiva. «En el sueño relatas la presencia de un hombre», decía, «no era un hombre común y corriente...». Lo describía como un fisicoculturista, de esos con músculos en los músculos, de bíceps robustos, con las venas nítidas y un bronceado uniforme. Según esto, el hombre se hallaba en un gimnasio aparentemente vacío, muy bien iluminado. De pie frente a un aparador de espejos, el fortachón hacía bíceps con una barra de doce kilos en cada extremo. Su mirada era álgida y apática, como la de quien espera en una parada de autobús. Pero, observando con detenimiento aquella

fotografía tridimensional, descubrí que nada era tal: el gimnasio no era un gimnasio, los espejos no eran espejos, y los músculos del fortachón tampoco eran la excepción.

Aturdido, como si hubiese recibido un puñetazo que me metiera la nariz hasta el fondo del cráneo, le pedí a Catalina que callase. No era necesario proseguir. Cual un inesperado deja-vú, había recordado todo sobre ese sueño malsano. Quién era ese hombre y qué hacía en aquel lugar. No hubo necesidad de agregar más. Catalina también lo sabía; había leído el sueño completo.

Pasamos el resto de la noche intentando descifrar el significado de aquella pesadilla. ¿Sería una especie de alter ego? ¿Alguna aspiración frustrada en mi inconsciente? ¿Yo en un gimnasio? ¡Ja! Y nos reímos toda la noche, como esperando ocultar la verdadera grima que nos invadía. Al final Catalina cayó exhausta, liberada de su culpa y presa de un sueño envidiable. Yo, por mi parte, permanecí despierto, ensimismado, con el miedo de dejar mi cuerpo somnoliento a merced de aquel noctambulismo tan poco reconfortante. Y en un afán por distraer mis pensamientos, auxiliado por varias tazas de café, opté por dedicar el resto de la noche a revisar exámenes y repasar las clases del día siguiente.

A primera hora de la mañana trataría de ponerme en contacto con el Doctor Almazán, pero por mala suerte no respondió ninguna de mis llamadas ni mensajes. Sabía que debía de verlo cuanto antes.

No podría resistir una noche más sin poder dormir. Al final decidí asistir personalmente a su consultorio, donde descubriría lo que hoy día usted y yo ya sabemos. Decepcionado y confundido volví a casa, donde Cata y las niñas me esperaban para cenar. No le conté nada a mi mujer sobre la misteriosa muerte del Doctor Almazán. Y de tal modo pasamos nuestra última velada fingiendo, entre pláticas triviales, una vida normal a punto de desquebrajarse.³ Antes de acudir a lo que para mí se había convertido en una especie de patíbulo: la alcoba, permanecí unos minutos en el sillón de la sala, con un vaso de bourbon y un cigarrillo mentolado.

Mientras Cata arropaba a las niñas antes de dormir, yo, en la penumbra de la estancia, maquinaba ideas, ideas absurdas y descabelladas que hoy día tienen más sentido que nunca, Doc.

Esa noche, después de orar como hacía años que no lo hacía, dormí, iluso y crédulo, cobijado por una falsa bonanza, embelesado en un porvenir cada vez más lejano e imposible.

Entonces desperté.

Al abrir los ojos pude contemplar la pieza iluminada por un frío resplandor celeste. Amanecía. Y abatido, como si algo en mí se hubiera roto para

siempre, me eché a llorar como un niño, derramandolágrimas y ahogando mis lamentos con la esperanza de no despertar a mi mujer.

Los malos sueños habían vuelto, Doc. Pero ahora, para mi mayor desgracia, podía recordarlos con absoluta nitidez. ¡Había sido horrible! Y lo peor era esa sensación de absoluta veracidad. Usted lo comprenderá porque también ha soñado. ¿Cómo pueden tales alucinaciones absurdas e inverosímiles ser tan reales? ¿Por qué no dudamos de nuestros sueños, Doc? Si tan sólo supiera en el momento, que lo que estoy soñando es falso, "un artificio de mi imaginación", tales pesadillas no infundirían semejante dolor, angustia y desesperanza en mi endeble juicio.

Así pues, las pesadillas continuaron repitiéndose asiduamente todas las noches, dejando dolorosos vestigios en mi memoria, como si cada noche atestiguara una espantosa experiencia en carne propia.

Por más agudos y violentos que fuesen los eventos que ceñían el horror de mis pesadillas, mi cuerpo y mente estaban obligados a permanecer confinados en su virtual estado de coma hasta llegadas las primeras horas del alba, como si sólo los rayos de sol pudieran arrancarme del tormento de los sueños.

Y he aquí donde debo hacer un paréntesis, Doc, para hablarle sobre la naturaleza de mis visiones, que a la fecha de hoy puedo recordar con una claridad tan precisa como adversa. Sin ahondar en detalles sobre sus "tramas", tengo una teoría fundada en cuestiones tan sencillas, y a simple vista tan evidentes, que justificarían las razones del porqué a veces en mis sueños puedo ser desde un niño discapacitado hasta una ama de casa. Y es que, precisamente, los delirios que me aquejan no son mis pesadillas, sino las pesadillas de alguien más. Ahora comprendo de lo que hablaba mi abuela cuando se refería a mí como un "viajero". Así es, Doc: un viajero de sueños... y pesadillas.

¿Pero a quiénes pertenecían estas infernales quimeras? Guardé silencio decidido a no contarle nada a Catalina hasta estar plenamente convencido de la contrariedad que me –nos– aquejaba, y de una salida viable. No dejando de lado la esperanza de encontrar una solución, comencé a buscar a nuevos médicos hipnotistas. Encontré a uno con buenas referencias. Ignoro si usted lo conozca, se apellidaba Jáuregui. Y me presenté en su consultorio a la cita acordada, donde le expuse mi problema restando –estúpidamente– importancia a la extraña muerte del Doctor Almazán. El doctor escuchó con mucho interés mi caso, incluidas todas las teorías al respecto. Al final de la sesión, "por ética profesional y responsabilidad con el paciente" no podía deshacer la hipnosis inoculada por otro médico sin antes haber estudiado el caso con detenimiento. De modo que me mandó a hacer nuevos estudios, uno de los cuales consistía en asistir una noche completa en una clínica del sueño allá en la capital.

Había escuchado alguna vez sobre esas clínicas. El paciente ingresaba como un “espécimen de estudio” donde, por una noche completa o incluso más tiempo, se analizaba de principio a fin el proceso de pernoctación del individuo, que al final daba como resultado un informe médico completo de lapsos de tiempo del sueño MOR, registros de presión, ritmo cardíaco, frecuencias respiratorias, constancia de niveles hormonales, etcétera. En resumidas cuentas: un mapa conductual del sueño. Extraño o no, por primera vez en mi vida comencé a dudar de la ciencia exacta. Al final, mi titubeo y suspicacias sobrarían.

El Doctor Jáuregui murió la misma noche que tuvo lugar nuestro primer encuentro en su consultorio. Me enteré por las noticias. De no haber sido tan insólito su deceso, tal vez aún seguiría desconociendo su paradero como ocurriera con el Doctor Almazán. Según leí en el periódico, un hombre de edad avanzada se había despertado en plena madrugada gritando y corriendo por los pasillos de su departamento –ubicado en el octavo piso de un edificio departamental–. En las declaraciones de su esposa, el hombre aducía que el piso estaba en llamas y que tenían que saltar por la ventana. «Toda su conducta era tan veraz y perturbadora, que de no ser porque tenía los párpados cerrados le habría creído». Finalmente, tras forcejear con su –hoy viuda–, el hombre se arrojó desde el balcón esperando encontrar la salvación en las losas de concreto al final de la calle.

Sobra señalar, Doc, que no asistí a mi cita en la clínica de trastornos del sueño.

Cuando me enteré de la muerte del Doctor Jáuregui, mi primera reacción fue querer contárselo todo a Catalina, mi alma gemela, mi mano derecha. Pero todo cambiaría drásticamente durante la cena, con el silencio, un silencio inusitado entre mi mujer y las niñas, quienes me miraban con discreción –o al menos eso pensaban–. Mientras comía podía sentir sus ojos esperando ver, o cuando menos identificar algún rasgo inusual en su enervado padre. Justo a mitad de la cena Cata y yo discutimos por alguna nimiedad que ni siquiera recuerdo. Nunca habíamos peleado así. Creo que ella sólo buscaba un pretexto. Más noche, cuando nos fuimos a la cama, pude contarle todo. Ella no se inmutó. «Ya pensaremos en algo», dijo antes de apagar la luz y recostarse a dormir. Al día siguiente, al volver a casa después del trabajo, descubrí que Catalina se había marchado con las niñas. La casa parecía haber sido saqueada, como si huír de mí cuanto antes fuera de una vital e irracional importancia. Pero ¿por qué?, ¿por qué, Cata?; ¿por qué me dejaba solo ahora que más la necesitaba a ella y a las niñas? Y había una respuesta. Sobre el tocador del vestíbulo había dejado una carta antes de marcharse. Y entonces lo comprendí todo.

Catalina, nada estúpida... La perra había seguido leyendo el diario hasta la última página. Y me dudo que fuera el último sueño transcrito en ese papel lo que la indujera a prenderle fuego al manuscrito, el cual encontré hecho

cenizas en el cesto de la basura.

Se había llevado a las niñas a vivir con su madre. No tuvo que huir ni esconderse. Después de leerla carta que me dejó, sabía que yo no las buscaría. Me conoce tan bien. Tal vez eso es lo único que me ofrece un ligero aire de paz. Catalina no huyó de mí; Catalina huyó de mi enfermedad, y se llevó a mis hijas con ella. Y en cierto modo se lo agradezco.

En su carta de despedida relataba: «Tú hija, la menor, te vio la otra noche». Según contaba, se había levantado en plena madrugada para ir al servicio, y frente a la puerta del baño, al encender la luz, identificó una figura escondida en la penumbra del corredor. «Era un hombre parecido a papá.

Estaba en calzones”, me dijo, “con su cosa que estaba como dura y apuntaba hacia mí”». Tuve que hacer un gran esfuerzo para no echarme a llorar mientras continuaba leyendo aquella carta: «Teníalos ojos cerrados, mami. Estaba como dormido, y sostenía algo en su mano derecha. Era como un plumero”. Y la niña regresó a su habitación asustada. Eso es lo que me contó cuando le pregunté por qué había mojado la cama», concluyó Catalina en su carta. Después de releerla una y otra vez, descubrí que no había el menor signo de aliento o pena por mí en sus palabras; y más importante aún: no había ningún “nosotros”.

Dejé las clases del colegio cuando comenzaron las artropatías neuropáticas en mi mano derecha.

Ni siquiera me tomé la molestia de avisar a la administración. Sólo dejé de asistir. Me resigné a pasar el tiempo encerrado en casa, resolviendo fórmulas matemáticas como pasatiempo y buscando en internet a otras personas que padecieran los mismos trastornos que yo. Sólo encontré charlatanes, adolescentes ociosos y demasiada ficción.

A veces salgo a caminar por las noches. Sólo así puedo andar en la calle y confundirme entre la gente sin temor a parecer un bicho raro. La última vez que lo vi, usted iba acompañado por una jovencita. Por la forma en que le hablaba, imagino se trataba de su nieta. Qué bellos recuerdos me trajó. Tal vez esa sea la verdadera razón por la que decidí no abordarlo en el momento.⁶ Resignado –no hallo otra palabra para definirlo– compré un nuevo cuadernillo empastado en piel que siempre cargo a todos lados con un bolígrafo atado al espiral. A este punto tengo miedo de lo que pueda llegar a ocurrir cuando se me acabe la tinta.

He intentado cronometrar el despertador para que mis lapsos de sueño sean más breves y no excedan de las cinco horas. Pero he llegado a la conclusión de que el tiempo de la narcosis no lo decido yo. Las pesadillas

duran lo que tienen que durar.

En relativamente poco tiempo mi cuerpo parece haberse acostumbrado a mi enfermedad –por llamarle de alguna manera–. Cada noche todos estos sueños producen en mí una elevada segregación de jugos gástricos, descargas de adrenalina y una incontenible estimulación sexual. A menudo, concada rompimiento matinal, me descubro hirviendo y con una dolorosa erección que sólo cede al masturbarme. Pero ¿con qué ganas? Soy incapaz de tocarme, y no sólo por los intensos dolores musculares y articulados de mi mano derecha que no deja de garabatear durante las noches, sino por la derrota moral e indigna que representaría ceder ante los impulsos de estas insidiosas quimeras.

He perdido el apetito. Sólo me alimento de semillas, pepitas o nueces con el fin de mermar durante el día este castaño de dientes que me tiene descontrolado.

La última vez que me vi en un espejo permanecí helado queriendo reconocer a ese desdichado de cuerpo magro y ojoso, con las mejillas sumidas como quien agoniza en la última etapa del sida.

«Lipodistrofia», le llaman. Pude advertir que llevaba varios días sin limpiarme las lagañas, ya que éstas se habían tornado marrones, ilustrando los surcos bajo mis ojos como costras. Y eso es lo único que puedo decirle sobre mi aspecto, sin querer entrar en detalles a simple vista más distinguibles y escabrosos.

He pensado en quitarme la vida.

Todos los días paso largas horas ensimismado junto a la ventana, pensando, cavilando ideas absurdas sobre cómo –no curarme– sino terminar con mi calvario. Como todo enfermo crónico, el dolor ha pasado a segundo plano. Es la dignidad lo único que me queda, quiero creer. La dignidad, que no es otra cosa más que un recuerdo aparente del individuo como un ser autónomo, agradable a la vista y al olfato; poseedor celoso de su propia intimidad, de su pudor, de sus secretos, de sus terrores y pasiones más ocultas. Y a este punto agradezco infinitamente a Dios el no tener que servisto por mi familia en tan lamentables condiciones.

Sin duda esta carta le parecerá la patética declaración de un hombre que ha sucumbido ante la ceguera de sus delirios, producto de sus más oscuros deseos reprimidos y varias noches de insomnio. En resumen: un hombre que ha perdido la cordura. Un enfermo. Un perturbado. Un “caso perdido”, –aunque la ciencia prefiera llamarle “en espera de diagnóstico”–. Pero no, Doc. Aunque no lo crea, me encuentro más ‘iluminado’ que nunca, y tal vez no en el mejor de los sentidos, porque ‘iluminar’ significa “mostrar la verdad”. Y hay cosas que uno preferiría no ver, que permanecieran en las sombras. Pero esa decisión no

le corresponde a uno. Las pesadillas sólo han cambiado mi perspectiva del mundo en todos sus paralelismos y dimensiones. Pero no hay de que temer, Doc, porque estoy convencido de dejar esa "nueva perspectiva", allí, donde pertenece, al mundo de los sueños. Por eso no debe haber intermediarios. Por eso, Doc, me quiero morir. Aunque vaya en contra de mis principios y valores cristianos.

Al principio del detrimento, siempre, antes de dormir, encontraba en la oración un breve interludio de tranquilidad y certidumbre. Pero la más sucia artimaña de cualquier religión es habernos hecho creer durante siglos que la fe es una virtud. Soy un mal cristiano. Lo sé, Doc. Tal vez por eso he aquí mi castigo.

No releo mis sueños. Sé perfectamente lo que está escrito en esas páginas. Está tan labrado en mis recuerdos como en las hojas de papel, pero los recuerdos no son "flamables".

Al paso de los días he aprendido a resignarme a mi misión. Todos tienen una en esta vida. La mía: transcribir y revivir una y otra noche la lóbreguez del alma humana y los secretos que albergan las cavernas del tiempo.

Sé por qué asesinaron al Doctor Almazán y al Doctor Jáuregui mientras dormían. Los sueños quieren que alguien cuente sus historias.

Ahora entenderé por qué he decidido ponerme en contacto con usted a través de esta carta. Todo por su seguridad. Quiero creer que aún y con toda la podredumbre e inmundicia que ha contemplado y escuchado mi "yo viajero", aún guardo cierta humanidad y compasión por mis semejantes. No obstante, tengo una tarea pendiente de la que por el momento no puedo darle más detalles.

He adjuntado a esta carta un nuevo manuscrito, redactado en las dos últimas semanas por mi puño y letra. Sé que sabrá darle el mejor uso, Doc. Por mi parte, quisiera sugerir una última hipótesis respecto a los sueños que en últimas fechas han venido a contarme sus historias. Lo comprenderá una vez leído el manuscrito. Y es que, aunque la naturaleza onírica de algunas de las pesadillas no dejan en duda que éstas se resumen a eso: simples delirios absurdos e inmateriales, tengo la angustia latente y punzante, de la cual sólo le puedo decir, que espero con fervor, se traten únicamente de malos sueños, y no de recuerdos.

Me despido de usted, Doc, esperando que pronto nos volvamos a ver.

Con usted, sinceramente:

El soñador condenado.